

este obispado, dándole la real provision en Aranjuez á 29 de Abril de 1608, y á 1.º de Setiembre del año siguiente recibió en Mérida la posesion del canonicato. No era aun sacerdote, y por no haber llegado el Obispo D. Fr. Gonzalo de Salazar fué á México, donde se ordenó de todas órdenes, y habiendo gastado dos años en esto, volvió á servir en su iglesia. A 10 de Julio de 1611, le promovió el rey á la maestrescopia, y tomó la posesion á 27 de Mayo de 1613. Despues fué promovido á la chantria, y se le dió la posesion en 27 de Agosto de 1619 años. Aunque acudia á la asistencia de su dignidad con particular cuidado, dice el Br. Valencia en su relacion, no dejaba de tener en sus acciones aquella lozanía y arrogancia que suele una mocedad inconsiderada, lo cual dice que advierte para mayor ensalzamiento de la Bondad Divina, que en ese tiempo fué servido de usar con él de su misericordia.

“De nuestro seráfico padre San Francisco, nos dice su leyenda que teniéndole la Majestad Divina prevenido para tan gran siervo suyo, aunque el amor divino ardía en su corazon, con la adolescencia y cuidado de las cosas temporales impedido, ignoraba lo soberano de las del cielo, hasta que echa sobre él la mano del Señor, fué castigado en lo exterior con una enfermedad

prolija, y clarificado interiormente con la uncion de la gracia del Espíritu Santo. Parece que sucedió así con el Lic. D. Bartolomé de Honorato, porque en lo más florido de su edad y cuando al parecer estaba más divertido, el año de 1615 fué Nuestro Señor servido le sobreviniese una enfermedad gravísima con que se halló en muy probable peligro de perder la vida. Tocado de la Divina Magestad con este medio, le pidió perdón de la vida pasada, prometiendo la enmienda en la futura, si se la concedía. Hallóse con la enfermedad falto de la vista corporal de los ojos y pidió á Dios con corazon humilde, se le restituyese para poder mejor servirle y hacer penitencia y fué su ruego oído, dándole la vista que le faltaba, y convaleciendo de la enfermedad que en tanto peligro le habia puesto. Más convaleciendo en el espíritu, que en la salud del cuerpo, porque este siempre padeció continuos achaques que se debian sin duda ocasionar de las muchas penitencias, mortificaciones y asperza de vida con que se ejerció hasta su muerte; pero el espíritu con fervientes afectos aumentó crecidos logros en muchas virtudes.

“Antes que dé principio á ellas, referiré lo que ya despues de s no, le sucedió acerca de la vista que milagrosamente habia alcanzado. Viendo

á algunas mujeres, se halla aquejado de tentaciones libidinosas que como ya aspiraba á la perfeccion de vida en que se ejercitaba, le daban mucha pena y fatigaban su espíritu. Viéndose con esta afliccion recurrió á la oracion, pidiendo á Nuestro Señor no le diese más vista que la necesaria para rezar y decir misa. Consiguiólo de forma, que especialmente habiendo mugeres en la iglesia ó en las calles por donde pasaba á la santa Catedral y á andar sus estaciones no veia más que los bultos solamente, sin poder conocer con distincion lo qué fuesen. No era así con los hombres á quienes veia y conocia clara y distintamente. Esta merced que Nuestro Señor le hacia, se la certificó muchas veces á un hermano suyo religioso nuestro, hijo de esta santa provincia que fué defunido de ella, y cuando esto traslado es ya difunto, que se llamaba Fr. Diego de Honorato, que me lo afirmó con seguridad de verdad.

“Desde luego que convaleció de la enfermedad comenzó á vivir haciendo áspera y rigurosa penitencia y sus continuos ejercicios eran en esta forma. Su cama, en lo aparente exterior tenia el adorno que ántes, pero no dormia en ella, sino en una tarima de tablas que se ocultaba debajo y una piedra le servia de descanso

para reclinar la cabeza. Con esta aspereza, no daba al cuerpo más descanso ni sueño que el que le parecia suficiente para conservar la vida. A las tres de la mañana se levantaba habiéndose recostado á las once de la noche, y se ocupaba hasta que era de dia en oracion y disponerse para decir misa. Por celebrarla con más quietud de espíritu, la decia en la ermita del glorioso San Juan Bautista, que distaba una cuadra de su casa, por ser poco el concurso de gente y especialmente los dias que no son festivos, y esto, cuando por razon de su dignidad no le obligaba decirla en la Catedral. Al tiempo de vestirse los sagrados ornamentos para decir misa, tenia advertido á un criado suyo que le dijera estas palabras: “Señor, advierta y salga con cuidado, porque no sea acaso esta la postrera misa que dijere.” Con tal espíritu estaba prevenido para oir las demas que podia, que le sacaban gran afluencia de lágrimas y con tal devocion asistia en el altar, que movia á ellas á los que se hallaban presentes y aun algunas personas iban de propósito á oir su misa por gozar aquel rato de devocion que con oirla tenian.

“Habiendo dado gracias á Nuestro Señor, despues de haber dicho misa, iba por su pié á la iglesia del colegio de la Compañía de Jesus don-

de hacia oracion, visitaba los altares rezando en ellos y luego comunicaba materias de su espíritu con los religiosos de él; con quien se confesaba. De allí pasaba al hospital, donde habiendo hecho oracion en la iglesia, entraba á visitar á los enfermos. Consolábalos con pláticas espirituales que les hacia, socorrialos con lo que podia de limosnas, y quitándose luego el manto, les aliñaba las camas y por último, encargaba mucho á los que los asistian, la piedad y caridad con ellos y el cuidado en acudirles á tiempo en sus necesidades.

“Una mañana muy temprano fué á Catedral sin haber dicho misa ni rezado en sus estaciones. Extrañólo el sacristan por ser aquella la última que acostumbra, pero el santo varon le sacó presto de la duda. Díjole al sacristan que le trajese la llave del sagrario, donde está el depósito del Santísimo Sacramento de la Eucaristía reservado para los enfermos, y poniéndose sobrepelliz y estola, mandó encender luces. Traida la llave abrió el sagrario, y se halló volcado el vaso de las formas consagradas, y habiéndolas compuestas con toda reverencia en el depósito, cerró el sagrario, y dando la llave al sacristan le dijo: *“Vaya con Dios que para esto le he llamado;”* con que se deja bien entender haber tenido re-

velacion de que aquellas sacrosantas formas no estaban con la decencia que les era debida, y quiso nuestro Señor manifestar cuán agradable le era este su siervo por cuya mano fueron puestas en su lugar decente. Esto con otras cosas que referiré, me afirmó saber con toda certidumbre un sacerdote secular digno de fé y crédito que le comunicó, y me dijo que lo jurára siempre que necesario fuere y se le mandara. Habiendo puesto las santas formas en su lugar, se estuvo en oracion hasta la hora en que solia decir misa cuando no era hebdomadario, y entonces la dijo.

“Volviendo al hilo de las cotidianas estaciones de este santo varon, habiendo acabado en el hospital con aquella obra tan caritativa, pasaba á la santa Catedral que no dista más que el ancho de la calle, y allí hacia tambien oracion. Concluida se entraba en el coro, registraba los libros por donde se habian de cantar los oficios divinos, y cuando era tiempo asistia en pié al facistol ó atril en que se ponen, como pudiera el más humilde cantor que los oficiaba. Era tan puntual en las horas, y en todo lo tocante al culto divino, que le llamaban el reloj de la Catedral. Acabadas las horas canónicas de por la mañana, se iba á recoger á su casa, y en entrando se reti-

raba á su retrete y oratorio para hacer exámen de su vida, pasando en aquella soledad y quietud hasta la hora de comer. El tiempo que duraba la comida le leian libros espirituales, teniendo grande atencion á lo que se leia, y acabada la comida se sentaba en una silla y juntas las manos tenia un rato de contemplacion, y allí descansaba hasta la hora de vísperas. En siéndolo iba á la santa Catedral sin que las incomodidades del gran calor, que el sol causa en aquellas horas, ó lluvias que hubiese, fuese bastante impedimento para que faltase en su continuacion, como ni achaque alguno si no le obligaba á estar en cama. Despues de vísperas aguardaba hora competente para maitines, y concluidos, se volvía á su casa. A prima noche desde las 8 hasta las 11, que era cuando se recostaba á dormir, gastaba en oracion disciplinas, mortificaciones y otros ejercicios espirituales.

"Demas de los ejercicios referidos fué abstinentes en grado superior, porque solamente los domingos y juéves comia cosa de carne y esto con mucha templanza: los demas dias de la semana se sustentaba con yerbas y otros manjares de débil sustento. Todos los miércoles y sábados ayunaban con solo pan y agua en honor y devocion de la Virgen Santísima Madre de Dios y

Señora Nuestra. En las cuaresmas era necesario que sus confesores le moderasen los ayunos, porque en la flaqueza grande que manifestaba conocian el rigor con que los pasaba y castigaba su cuerpo para que no le dominase el espíritu. Un juéves santo, habiéndose quedado hasta medio dia (aunque no era su hora de asistencia) en la presencia del Santísimo Sacramento, trajeron de comer á los otros prebendados, y rogándole que comiese con ellos, por complacerlos y no dar nota de singularidad, asistió á la comida. Los manjares eran de más regalo que el que su penitente vida acostumbraba y aquella noche, en satisfaccion del regalo que habia tenido en la comida, se recogió á su casa á media noche, y desnudo el cuerpo, en carnes de la cintura para arriba, mandó á un esclavo suyo que con un látigo muy fuerte, le azotase rigurosamente, y el negro con la reverencia que le tenia, no se atrevia á darle récio. A este tiempo iba un sacerdote que le comunicaba á buscarle, y hallando la puerta (que sin duda lo quiso Dios para manifestar acto tan virtuoso) abierta, sin avisar ni decir cosa alguna, llegando á lo interior de la casa oyó á este penitente y bendito varon que decia á su negro estas palabras: "*Dale récio, Martin, á este mal hombre, mal cristiano que ha dado hoy muy grande escán*

dalo y nota delante de sus hermanos, comiendo manjares regalados y delicados." Oyendo esto no pasó aquel sacerdote adelante, ni el negro le obedeció ejecutando el rigor que el santo varon deseaba: volvióle á mandar que le diese más récio, y el negro se excusaba diciéndole, que era su amo y sacerdote, que no le mandase tal. Viendo que no queria, le quitó el látigo, y se comenzó á azotar tan fuertemente que le corria la sangre por toda la espalda. Acabada esta rigorosa disciplina. le dijo al negro: "*Por amor de Dios, Martin, que otra vez hagas lo que te mando, y no como mi esclavo sino como si fueras mi enemigo, ejecutes en mi este castigo con todo rigor, pues le merezco.*" Salió muy edificado aquel sacerdote, sin darse á sentir, y despues viéndole el santo varon, ignorando que le hubiese visto, por ser confesor de su negro, le dijo: señor, dígale á Martin, pues le confiesa, que me obedezca, pues no hace lo que le mando. Admiróse aquel sacerdote, porque como su confesor conocia la conciencia irreprehensible del esclavo, que aunque negro en el cuerpo tenia el alma cándida, movido con el ejemplar de la santa vida de su amo; y presumiendo fuese otra la inobediencia de que le acusaba, se la reprendió viéndole. Respondió el negro á su confesor, diciéndole:

¿"Cómo quiere, padre, que yo haga lo que me manda mi amo, si me mandó que le azote crudamente, y porque lo hago de mal: ¿me acusa? ¿cómo he de castigar á mi amo con la crueldad que me manda?"

"Otro Jueves santo en la noche, andaba visitando las iglesias é iba en su compañía el negro Martin, y el sacerdote dicho, que me refirió lo que acabo de decir, le encontró parado en una calle y le vió que se inclinaba como hácia el suelo, y decia al negro "*Ayuda, Martin, á este pobre Nazareno que va fatigado con tan gran cruz: ayudémosle los dos por Dios.*" Como aquel sacerdote oyó razones dichas con lastimoso afecto, miró con cuidado á todas partes y no vió persona alguna, ni el negro tampoco: con que piadosamente se puede creer que el divino Nazareno Cristo Señor Nuestro, cuya pasion debia de ir meditando este santo varon, le apareció en aquella forma visible para que mereciese más con aquella piadosa voluntad.

"Sucedióle á aquel mismo sacerdote, que habiéndosele olvidado á este santo varon su diurno en el coro, él lo halló, y mirando los registros, le quitó una oracion devota que tenia escrita en uno. Hallándose sin el diurno, volvió por él, y dándosele aquel sacerdote le dijo: ¿Cómo padre?

*¿Que me ha quitado del diurno? Ya lo sé. Entonces le dijo el sacerdote lo que habia hecho, y él le respondió que se holgaba mucho.*

“Este mismo sacerdote afirma que sabe con certidumbre que por las mañanas, cuando entraba este santo varon en la catedral veia en un lado de la iglesia un bulto de personas puestas de rodillas, y que habiéndolo visto muchas veces, un dia se llegó donde estaba y habló con él un rato. Acabada la plática desapareció el bulto, y lo que de ello resultó fué que luego llamó á los cantores, y los previno para decir una misa de difuntos. Entró á la sacristía, revistióse y salió á decir la cantandola él mismo: era por el alma de un prebendado de la catedral, que era el que le habia aparecido y rogádole que por amor de Dios dijese aquella misa que debia, que con eso saldria del Purgatorio é iria á gozar de Dios.

“Parece cierto que su Divina Magestad le revelaba algunas cosas del bien de las almas y verificarse esto, en lo que le sucedia á un sacerdote vecino de la ciudad y á quien todos conocimos en ella. Era por aquellos tiempos mozo, y como tal, en algunas ocasiones con otros divertimientos solia dejar de rezar el oficio divino. En viéndole este santo varon, luego le reprendia, advirtiéndole el descuido que habia tenido, y la

estrecha obligacion de rezarle. Debió de suceder esto más de una vez, y así aquel sacerdote enmendó su defecto, por tener ya certidumbre que habia de ser reprendido de este santo por la omision, que así lo certificó algunas veces al otro sacerdote que arriba he dicho, porque el tal defectuoso y este que me lo refirió, eran amigos y se comunicaban.

“A las mortificaciones y penitencias referidas aumentaba otra bien extraordinaria en su estado y es, que como si fuera religioso que hubiese prometido la observancia de la regla de nuestro P. S. Francisco, desde que convaleció de aquella enfermedad, caminó á pié los viajes que se le ofrecieron. Admiraba á todos esto por ser esta tierra tan poco á propósito para semejante ejercicio, que aun los muy robustos y sanos (sino es los indios) no pueden tolerarlo. Como veian un cuerpo tan debilitado, enjuto y sin carnes por su mucha penitencia y agravado con diversos achaques, era motivo de dar gracias á la Divina Magestad, que con su ayuda suplía lo que las fuerzas humanas no parecia posible ejecutasen. Solia ir á visitar la santa imágen de Nuestra Señora de Izamal que dista 14 léguas de la ciudad y las andaba por su pié en un dia, y volvia á ella en otro, que no admiraba ménos. Otras ve-

ces descansaba en el pueblo de Cocalchen, que dista de Izamal cinco léguas, y á otro dia por la madrugada las caminaba á pié y en ayunas por decir misa aquel dia en el altar de la Vírger: Aunque andada á pié tenia una mula, por la autoridad de su persona como dignidad de la Santa Catedral, y un dia le pareció á su negro Martin que la mula se moria. Fué á decirselo á su bendito amo, que le mandó le echase una ayuda. El negro le obedeció y se la echó con una jeringa como pudieran á una persona racional y luego estuvo buena la mula.

“Ejercitaba la caridad con los pobres, gastando en esto lo que sobraba de sus rentas despues de lo que era necesario para el decente y moderado gasto de su casa, y era en esta forma. Todos los sábados del año tenia ordenados para dar limosna á personas pobres que conocia tener necesidad. Venian á su casa, y cierta cantidad de maíz y cacao la expendia, dando el cacao por su mano á los pobres, y el maiz lo media el criado en su presencia y se los daba. A las madres religiosas del convento de la ciudad daba cuanta limosna podia (porque es convento pobre y verdaderamente necesitado), y porque faltaban dineros con que poderse acabar, no teniéndolos para ayudar á aquella obra tan piadosa, echó

cuatrocientos pesos sobre las casas de su vivienda á censo, de que pagaba despues los réditos, para ayudar á que se acabase. El retablo del hospital, que, como se dijo, se dió á los pobres de la órden de S. Juan de Dios, se hizo de un apostolado de pintura romana que tenia para adorno de su casa, y lo dió porque con él le tuviese aquel santo templo.

“Diez y ocho años vivió este siervo de Dios despues de la enfermedad referida al principio, ejerciendo continuamente estas rigurosas penitencias y perfeccion de la vida, juzgando siempre bien de los prójimos y atribuyendo lo que veia á la mejor parte, cuando la Magestad Divina fué servida de llamarle á poseer el premio de sus perfectas virtudes, como piadosamente parece debe creerse, pues se dá á la virtud hasta el fin perseverante y es comun entender de todos cuantos le conocieron.

“Tiénese por cierto que tuvo revelacion de su muerte, porque pocos dias ántes que pasase de esta vida, hallándose fatigado con vómitos de sangre, achaque de que continuamente padecia, pidió licencia al Sr. Obispo D. Fr. Gonzalo de Salazar, para ir á nuestro convento de Maní, distante 16 léguas de Mérida, donde entonces era guardian el religioso que se ha dicho era su